Ciclo C

Nacer y crecer de la fe

Domingo 27 del tiempo ordinario

Lucas 17, 5-10

Dijeron los apóstoles al Señor; Auméntanos la fe. El Señor dijo: Si tuvierais fe como un grano de mostaza, habríais dicho a este sicómoro: Arráncate y plántate en el mar, y os habría obedecido. ¿Quién de vosotros tiene un siervo arando o pastoreando y, cuando regresa del campo, le dice: Pasa al momento y ponte a la mesa? ¿No le dirá más bien: Prepárame algo para cenar, y cíñete para servirme hasta que haya comido y bebido, y después comerás y beberás tú? ¿Acaso tiene que agradecer al siervo porque hizo lo que le fue mandado? De igual modo vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os fue mandado, decid: Somos siervos inútiles; hemos hecho lo que debíamos hacer.

Reflexión

El tema de la primera parte del Evangelio de hoy es la eficacia de la fe. Respondiendo al pedido de los apóstoles, Jesús explica el poder extraordinario de la fe. La fe auténtica, la confianza inquebrantable en Dios puede realizar milagros humanamente incomprensibles.

Al hombre de hoy le cuesta aceptar que la fe sea capaz de hacer este tipo de milagros. Creo que en general, la fe del hombre actual es más débil que antes. Muchos cristianos pasan incluso por una crisis de fe.

Y esto nos lleva la pregunta: ¿Qué se necesita para que la fe cristiana arraigue profundamente en un hombre y quede fuerte y sana?

Los entendidos nos dicen que tres fuerzas deben cooperar para que un hombre llegue a la fe y, además, crezca y madure en ella: DIOS, el HOMBRE mismo y la COMUNIDAD de los creyentes.

1. DIOS.

Sabemos que Dios, por medio del Bautismo da la gracia inicial para que la fe pueda nacer y crecer en un cristiano. Esta fe recibida en el bautismo es una semilla. Y la semilla está hecha para producir una planta y la planta para producir frutos. Para que la semilla de la fe pueda crecer en el alma, Dios tiene que seguir dando su gracia.

¿Cómo podemos conseguir esa gracia de la fe, a lo largo de nuestra vida? Creo que Dios nos pone una condición fundamental para ello: Él quiere que le pidamos esa gracia

con humildad y confianza filiales. El apóstol Santiago nos dice en su carta: *"Dios resiste a los soberbios, pero da la gracia a los humildes"* (4.6). Y el mismo Jesús nos enseña en el Evangelio pedir con confianza: *"Todo cuanto pidáis en la oración, creed que lo recibiréis y lo tendréis"* (Mc 11,24).

2. EL HOMBRE MISMO

La fe es un regalo de Dios. Pero también es una respuesta personal del hombre mismo. Él puede y debe colaborar en el crecimiento de su fe. Debe vivir y realizarla en su vida de cada día. Debe probarla con hechos y actos de fe concretos. La semilla que no es cuidada y alimentada, no puede madurar; se seca y muere. Y pienso que esa es la razón de la debilidad y hasta desaparición de la fe en muchos de nuestros contemporáneos.

Un sabio de la India dijo, después de un viaje por Europa: "Encontré en Europa un cristianismo de domingo y un paganismo cotidiano". Y algo semejante, vale también para nosotros. Una fe que no inspira el trabajo diario, el contacto con los demás, la alegría y el sufrimiento de cada día, no puede crecer, sino disminuye y muere, tarde o temprano.

3. LA COMUNIDAD DE LOS CREYENTES

La tercera condición fundamental, además de la gracia de Dios y de la cooperación del hombre, es la Comunidad de los creyentes. La fe sólo puede arraigar en un hombre, cuando forma parte de una comunidad cristiana, porque la fe no es asunto privado de uno. En la comunidad recibe la revelación de Dios y le da su respuesta de fe. Por eso dice San Pablo: *"¿Cómo creerán si nada oyeron de El? ¿Y cómo oirán si nadie les predica?"* (Rom 10,14).

Pero no es suficiente predicar solamente con palabras. Más importante y fecundo es predicar con una vida de fe. Porque la vida sólo nace de la vida. También una fe vital nace sólo de una fe vital.

Y me parece que ésta es otra de las causas, por la que tantos hombres de hoy no pueden creer: Muchos educadores y predicadores de la fe - papás, sacerdotes, maestros, etc. - no encarnan la fe en su persona ni en su vida. Hablan sólo de ella, pero no viven de ella. Por eso, su mensaje no convence ni vivifica.

Aquí entra entonces, con mucha fuerza, la importancia de nuestras comunidades cristianas y de nuestros grupos cristianos.

Pero lo más fundamental y decisivo para el nacer y crecer sano de la fe son nuestras familias cristianas, las primeras comunidades de fe. Los papás son no sólo los grandes educadores de la fe de sus hijos, sino también reflejos de Dios mismo para ellos. Mediante la relación con los padres, el niño experimenta la relación con Dios Padre y con su Madre celestial, la Sma. Virgen. Y así, va surgiendo, de un modo natural y espontáneo, una vinculación personal con Dios.

Y la esencia de la fe no es creer en ciertas verdades o artículos de fe, sino es creer en una persona, es creer en un Dios personal. Y madurar en la fe significa profundizar mi vinculación íntima con Cristo y con el Dios Trino.

Queridos hermanos, por eso pidamos, que el Señor nos regale la gracia de crecer permanentemente en la fe y en la vinculación personal con Él, y que nuestras crisis de fe sean sólo crisis de crecimiento. Pidámosle también a la Sma. Virgen, madre y modelo de la fe, que nos fortalezca y acompañe en nuestro caminar hacia la Casa del Padre.

¡Qué así sea!
En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
Amén.

Padre Nicolás Schwizer
Instituto de los Padres de Schoenstatt